

SARMIENTO Y LA ASOCIACION DE MAYO (*)

No es nuestro propósito añadir informaciones que documenten la vinculación personal de Sarmiento con la juventud del 38, sino contemplarla —en cuanto supone coincidencias y oposiciones— con relación a las particulares condiciones histórico-sociales que le sirven de fondo y constituyen su razón de ser.

Recordemos solamente, a fin de ubicar mejor el tema, algunas circunstancias. Pese a la pronta disolución de la “Juven Argentina”, impuesta por razones de seguridad personal, pudo ésta sin embargo, entre otras manifestaciones de su fecunda actividad, echar raíces en el interior.

Manuel J. Quiroga Rosas, uno de los miembros fundadores, llevó a San Juan el pensamiento de la “nueva generación”. Hizo conocer las doctrinas de Saint-Simon, Leroux, Lerminier, y otros. Nos lo dice Sarmiento en *Recuerdos de Provincia*: “En 1838 fue a San Juan mi malogrado amigo Manuel Quiroga Rosas, con su espíritu mal preparado aún, lleno de fe y entusiasmo en las nuevas ideas que agitaban el mundo literario de Francia, y poseedor de una escogida biblioteca de autores modernos. Villemain y Schlegel, en literatura; Jouffroy, Lerminier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia; Tocqueville, Pedro Leroux, en democracia; la Revista Enciclopédica, como síntesis de todas las doctrinas” (1).

(*) Conferencia pronunciada el día 10 de setiembre de 1957, en la Facultad de Filosofía y Letras, Sección Ciencias de la Educación de Paraná.

(1) D. F. SARMIENTO, *Recuerdos de Provincia*; Jackson editores, Buenos Aires, 1947; pág. 257/258.

En torno a Quiroga Rosas se reúne un grupo de jóvenes, “hombres de pasión y de progreso” al decir de aquél. Organizan un salón literario y se entregan a la lectura y discusión de los autores citados y del *Credo* echeverriano, trabajo este último que habría de dar un nuevo giro a la lucha contra Rosas.

Sarmiento recién retornaba de su primer destierro, con una cultura de autodidacta, no muy sólida ni muy claramente orientada. El contacto con el pensamiento de Echeverría fue decisivo para su futuro intelectual: lo mejor, quizás, de su obra se cumple en las huellas que abrió el autor de *El Matadero*. Y mucho contribuye a comprender el curso posterior de su pensamiento —como el de Alberdi y todos los que partieron de la “Asociación de Mayo”— tener una clara noción de las razones y el carácter de esa influencia. Es decir, establecer lo nuevo que ofrecían las doctrinas del *Dogma* para aquellos que ansiosos de un cambio que retornase el impulso renovador de la Revolución de Mayo, se sentían insatisfechos por el punto muerto a que había llegado el ya falso dilema unitarismo-federalismo.

¿Cuál fue el significado del pensamiento de Esteban Echeverría? Antes de responder debemos dejar a un lado un viejo prejuicio: la mayoría de las veces se aborda, en nuestro país, el estudio de la historia del pensamiento nacional con una desproporcionada preocupación por la “fuente” europea de tal o cual concepto o doctrina: importaría más determinar el árbol genealógico de las teorías de Belgrano, Moreno, Rivadavia, Echeverría y otros, que establecer su relación con la realidad de la época y medio en que surgen, única forma de comprender el valor y el porqué de tales “influencias”.

La Asociación de Mayo señala en la historia nacional el advenimiento del romanticismo, literario y social, y del pensamiento sansimoniano. Pero además, y esto es lo fundamental, constituye un replanteo de las exigencias revolucionarias de Mayo en concordancia con la nueva situación histórico-social de la Argentina en la cuarta década del siglo XIX y producido en virtud de las experiencias dolorosas de treinta años de revolución.

Revolución cuya aparente esterilidad conmovía las entrañas de aquella gente.

Los jóvenes de la Asociación, profundamente antirrosistas, evitan empero confundirse con los unitarios, a quienes consideran sumidos en una anacrónica e infecunda visión del problema nacional, que habrían reducido a una fórmula política —unitarismo— desprovista de su significación original.

Evitan además, formular la cuestión nacional en términos solamente políticos. Aspiran a una consideración “social” o “socialista” —es decir sociológica— de la misma.

De modo que, abocados a la realidad del fracaso momentáneo de la obra revolucionaria, comprenden que es necesario establecer con claridad no sólo cuál ha de ser el programa, los objetivos de la lucha, sino también los medios, las fuerzas sociales que deban aplicarlo; y cuáles son las particularidades locales de la sociedad argentina que es necesario tener en cuenta. Para tal cometido echan mano de aquellas doctrinas europeas más apropiadas a sus aspiraciones; pero eso sí, con toda conciencia de la necesidad de no caer en la traslación mecánica: “Tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones —dice Echeverría— y el otro en las entrañas de nuestra sociedad” (2).

Y en virtud de esta exigencia de alcanzar los más profundos resortes de la sociedad argentina, rechazan asimilarse al partido unitario. Se sienten continuadores de Moreno y de Rivadavia —aunque no sean del todo justos con este último— pero traen una nueva visión de los problemas nacionales que, aunque no fuese radicalmente distinta de la de aquellos antecesores, ofrece sin embargo la única posibilidad de salida para la situación, la única posibilidad de romper los grillos de esa “Revolución encadenada” como la llama el *Dogma*.

“La lógica de nuestra historia, pues, —dice Echeverría— está pidiendo la existencia de un *partido nuevo*, cuya misión

(2) ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Dogma Socialista y otras páginas políticas*; Ed. Estrada, Buenos Aires, 1948; pág. 175.

es adoptar lo que haya de legítimo en uno y otro partido, y consagrarse a encontrar la solución pacífica de todos nuestros problemas sociales con la clave de una síntesis alta, más nacional y más completa que la suya, que satisfaciendo todas las necesidades legítimas, las abraza y las funda en su unidad" (3).

Por eso, en un primer momento, llegaron a acariciar la posibilidad de lograr sus anhelos utilizando al mismo Rosas, ilusión que duró muy poco tiempo. Pero ya estaba dada la fórmula que hubo de posibilitar la conjunción en Caseros de fuerzas rosistas y antirrosistas.

* * *

Hemos observado esa voluntad de alcanzar una visión sociológica que sirva de punto de partida para la obra de transformación total que requería el país. En el mismo sentido dice Sarmiento en el *Facundo*: "A la América del Sur en general, y a la República Argentina sobre todo, le ha hecho falta un Tocqueville, que, premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octantes y brújulas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política, como en un campo vastísimo y aún no explorado ni descrito por la ciencia" (4).

El *Facundo* nace como una necesidad de alcanzar de alguna forma esa visión de la realidad nacional que había madurado al compás de las lecturas y sugerencias de la Asociación de Mayo y de sus recuerdos personales de la vida provinciana: "He creído explicar la revolución argentina con la biografía de Juan Facundo Quiroga, porque creo que él explica suficientemente una de las tendencias, una de las dos fases diversas que luchan en el seno de aquella sociedad singular" (5).

(3) *Op. cit.*, pág. 69.

(4) D. F. SARMIENTO, *Facundo*; Ed. Sopena, Bs. As., 1940; pág. 6.

(5) *Op. cit.*, pág. 10.

Sarmiento se propone, pues, una tarea que coincide con las aspiraciones del grupo echeverriano. Sin embargo, al llevarla a cabo no es poco lo que su genio personal lo aleja del *Credo de la Joven Argentina*.

Echeverría elogia al *Facundo* con gusto; dice que revela “el mecanismo orgánico de nuestra sociabilidad y da la clave para la explicación de nuestros fenómenos sociales, tan incomprensibles en Europa” (6). Y añade: “El señor Sarmiento descubre, además, en la vida de Quiroga, buenas dotes de historiador; sagacidad para rastrear los hechos y percibir su ilación lógica”, etc. Pero expresa un reparo que es muy significativo: lo halla “poco dogmático”. “Hubiéramos deseado que el autor formulase su pensamiento político para el porvenir e hiciese a todos palpables las lecciones que encierra ese bosquejo animado que nos presenta de nuestra historia” (7).

La objeción merece destacarse, porque, paradójicamente, lo que es defecto para Echeverría constituye el principal mérito para muchos críticos de nuestro tiempo. Parece que a Sarmiento le ha ocurrido, en parte, lo que a tantos escritores: el juicio de la posteridad desdeña lo que el autor consideró fundamental —el motivo inicial de la obra— y concede importancia a otros aspectos. No sabemos si gustaría a Sarmiento escuchar, por ejemplo, que su *Facundo* como obra sociológica o histórica carece de valor; pero que, en cambio es una excelente novela... Esto se repite a menudo. Y a veces con un dejo de paternal tolerancia que hace recelar un poco de las razones, quizás muy sólidas, con que se le concede graciosamente méritos de novelista o de poeta que él no imaginó o no quiso poseer.

Unamuno dice, por ejemplo, en una hermosa crítica del sanjuanino: “Nunca tomé a *Facundo*, de Sarmiento, por una obra histórica, ni creo que pueda salir bien librada juzgándola en tal respecto. Siempre me pareció una obra literaria, una

(6) E. ECHEVERRÍA, *Op. cit.*, pág. 56.

(7) *Op. cit.*, pág. 57.

hermosísima obra literaria, una verdadera novela a base histórica" (8).

Este juicio está hoy bastante generalizado, pero conviene tomarlo con cuidado, porque debemos renunciar a esa fuerte tendencia a encasillar las obras literarias en un género determinado. La suprema calidad del *Facundo* consiste, precisamente, en participar a la vez de la historia, la novela, la sociología, etc.. Además, el concepto que se tenía en la época del "literato", concepto basado en el utilitarismo del siglo XVIII, favorecía la práctica de una literatura de ese tipo, profundamente militante, poco respetuosa de normas formales.

Pero cuando Echeverría lamentaba el carácter "poco dogmático" de la obra, estaba pidiéndole a Sarmiento demasiado: una exposición metódica de los problemas y soluciones necesarias para llevar adelante la "revolución interrumpida". Era mucho exigirle al explosivo sanjuanino. Sarmiento era un escritor rigurosamente de "circunstancias", como decimos hoy. Poseía una gran capacidad de estudio, de asimilación de lecturas y aplicación de ellas a los diversos problemas que enfrentaba. Pero no era, no quiso o no pudo ser, un sociólogo metódico.

Además poseía una fuerte tendencia a la simplificación de los problemas, a la expresión rotunda y concisa de los mismos, con lo cual lograba aquel formidable ímpetu de sus opiniones, pero con el consiguiente riesgo de desfigurar el problema en cuestión. Así le sucedió en *Facundo*. La fórmula "Civilización o Barbarie", que entendió al pie de la letra, —fórmula en la que concebía a la ciudad, lo europeo, como civilización y a la campaña, la vida rural, lo nativo-colonial, como barbarie— deformó la realidad del problema argentino por un exceso de simplificación.

"La guerra de la revolución argentina —dice— ha sido

(8) Citado por DARDO CUNEO, en *Sarmiento y Unamuno*, Ed. Poseidón, Bs. As., 1949; pág. 48.

doble: 1º guerra de las ciudades, iniciada en la cultura europea, contra los españoles, a fin de dar mayor ensanche a esa cultura; 2º guerra de los caudillos contra las ciudades, a fin de librarse de toda sujeción civil y desenvolver su carácter y su odio contra la civilización. Las ciudades triunfan de los españoles, y las campañas de las ciudades. He aquí explicado el enigma de la revolución argentina, cuyo primer tiro se disparó en 1810 y el último aún no ha sonado todavía” (9).

En primer lugar, no es exacto que la revolución de Mayo tuviese el carácter que le atribuye, que su origen fuera exclusivamente, según sus palabras, “el movimiento de las ideas europeas”, pese al importantísimo papel que les cupo. Echeverría y Alberdi tuvieron más profundidad de visión en este sentido, fueron más consecuentes con sus postulados iniciales: “. . . cada pueblo, cada sociedad tiene sus leyes o condiciones peculiares de existencia, que resultan de sus costumbres, de su historia, de su estado social, de sus necesidades físicas, intelectuales y morales, de la naturaleza misma del suelo donde la providencia quiso que habitase y viviese perpetuamente” (10). De acuerdo con este concepto, Echeverría concibe a Mayo como un conjunto de formulaciones político-sociales en vistas a solucionar una situación de hecho en las colonias españolas.

Hemos visto, en cambio, la concepción terminante de Sarmiento. Y de ella deduce con rigor que “. . . la revolución, excepto en su símbolo exterior, era sólo interesante e inteligible para las ciudades argentinas, extraña y sin prestigio para las campañas ” (11).

Es claro que cuando Sarmiento indistinguía civilización con ciudad y barbarie con campaña, tenía presente el proceso histórico europeo en que ambos factores, el urbano y el rural, sirvieron de marco a fuerzas sociales antagónicas; es decir, el proceso de formación de la sociedad burguesa dentro de la

(9) D. F. SARMIENTO, *Op. cit.*, pág. 49.

(10) E. ECHEVERRÍA, *Op. cit.*, pág. 19.

(11) D. F. SARMIENTO, *Op. cit.*, pág. 46.

sociedad feudal, desarrollándose la primera en las ciudades y la segunda fundada en la campaña. Pero la ciudad moderna fue así un resultado, no una causa de determinados hechos sociales. Además, en la sociedad argentina de aquel entonces la distinción no era tan exacta y no se adaptaba al verdadero papel de las fuerzas en lucha. Quiroga podía ser un gaucho, un hombre de la campaña; Rosas no lo era, aunque lo simulase, según él mismo confesaba ⁽¹²⁾.

Sarmiento conoce esto y lo hace notar: "... Facundo, provinciano, bárbaro, valiente, audaz, fue reemplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él" ⁽¹³⁾.

Pero si Rosas, el representante más acabado de la "barbarie", salía de la culta Buenos Aires ¿qué eran entonces él y su sistema? ¿Cuál sería su origen?

La contrarrevolución que encarnaba Rosas surgía de la misma realidad que dió origen a la Revolución de Mayo. Surgía de lo que los hombres del 38 llamaron, con sintética expresión, "sociedad colonial", como representante del sector predominante de la misma, el de hacendados saladeristas. Del seno de esa misma sociedad surgió la Revolución; pero como una empresa hacia el progreso, hacia el "bienestar general", promovida por todas aquellas fuerzas nuevas —la burguesía comercial porteña en primer lugar— cuya posibilidad de desarrollo se cifraba en la destrucción de la sociedad colonial.

* * *

Ya hemos hecho referencia al ímpetu del estilo de Sarmiento. Es una característica de su vigorosa personalidad que

⁽¹²⁾ "Me pareció, pues, muy importante conseguir una influencia grande sobre esa gente [la de la campaña] para contenerla, o para dirigirla, y me propuse adquirir esa influencia a toda costa; para esto me fue preciso trabajar con mucha constancia, con muchos sacrificios, hacerme gaucho como ellos, hablar como ellos y hacer cuanto ellos hacían, protegerlos..." Palabras de Rosas, citadas por CARLOS IBARGUREN, en *Juan Manuel de Rosas*, Librería de la Facultad, Buenos Aires, 1930; págs. 212/213.

⁽¹³⁾ D. F. SARMIENTO, *Op. cit.*, pág. 5.

impregna cada línea de sus escritos. De ahí su gusto por la frase tajante, por la afirmación rotunda, sazónada con interrogaciones, exclamaciones y a menudo con expresivos diálogos de los personajes en juego.

Su mordacidad llegaba a veces al ataque más destructor. La forma en que combatió la barbarie —por paradójico que parezca— se impregnó del estilo del enemigo. Alberdi le reprochó querer construir una civilización con métodos bárbaros. La afirmación resulta excesiva, aunque su modalidad personal tentase a la comparación. Lo cierto es que, producto de la época y del país, y empeñado en combatir el atraso del mismo, desplegó rasgos propios de aquellos tipos gauchescos que él describiera tan admirablemente, y que en el fondo admiraba.

En las *Ciento y Una*, peleando con Alberdi, se atribuye una franqueza muy “de gaucho malo”, según propias palabras. Es que él mismo conoce la terribles y a veces muy sabrosas particularidades de su carácter. Y hay motivos para pensar que las utilizó o las dejó correr conscientemente, como un arma más en la continua pelea que fue su vida.

El *Facundo* mismo fue concebido como una especie de panfleto antirrosista, en ocasión de la llegada de un enviado de Rosas a Chile. De eso a lo que luego resultó, la distancia la cubre el genio del autor. Pero apareció como un folletín periodístico, como una más de las colaboraciones que Sarmiento enviaba a la prensa chilena. Y del tono de esas colaboraciones podemos juzgar por el mismo Sarmiento. Por ejemplo, en la polémica con los discípulos de Bello, que Sarmiento recuerda cuarenta años después con estas imágenes regocijadas: “Fíjense ustedes que ellos daban el sábado un artículo que había pasado tres veces por la criba, y se publicaba con licencia del ordinario, como los antiguos libros mientras que el Mercurio se les dormía desde el lunes de una pieza hasta el sábado, que salía el nuevo número del Semanario ya todo acontecido y aboyado, y con el brazo en guardia para los nuevos zurriagazos que se aguardaba. El Mercurio era una especie de revólver, tum... tum... tum... seis tiros a la semana” “Ira de Dios!

Todavía siento sabrosa la mano que movió aquella vengadora pluma! Qué tunda! Y qué iniquidad a la vez!" (14).

Esta *balística* literaria, este escribir a pistoletazos — y en ocasiones también a cañonazos — no era un simple juego, pues lo que había que combatir en el país requería una pelea continua y demoledora, y mal podía avenirse con tales requisitos, a juicio de Sarmiento, una literatura purista, clasicista, como la de la juventud chilena de aquel entonces. Los exilados argentinos se habían formado bajo la influencia de una estética utilitarista y las exigencias del romanticismo, que propendía a la afirmación de lo nacional en la literatura. Ambos rasgos determinaban la lucha sostenida que los miembros de la Asociación de Mayo provocaron en todas partes contra los adeptos del neo-clasicismo, indiferentes, en materia literaria, no sólo a los problemas de la realidad nacional, sino a los elementos nacionales que podrían inspirar su labor creadora.

Debemos recordar nuevamente las doctrinas de Echeverría, quien, influido por el romanticismo, había expresado la necesidad de lograr una literatura nacional acorde con nuestro carácter de pueblo independiente. Un aspecto del movimiento de independencia de los pueblos americanos, es, dice, el "...completo divorcio de todo lo colonial, o lo que es lo mismo, de todo lo español, y la fundación de creencias sobre el principio democrático de la revolución americana; trabajo lento, difícil, necesario para que pueda constituirse una literatura nacional americana, que no sea el reflejo de la española, ni de la francesa, como la española" (15).

Por eso, se manifiesta tan complacido en la *Ojeada Retrospectiva* por el *Facundo*, al que considera "lo más completo y original que haya salido de la pluma de los jóvenes proscriptos argentinos".

Echeverría había subrayado la íntima conexión de la literatura con la vida total de un país: "...nos parece absur-

(14) D. F. SARMIENTO, *Obras*; Tomo I, Ed. Belin Hnos., París 1909; pág. 341/342.

(15) E. ECHEVERRÍA, *Op. cit.*, pág. 91.

do —dice— ser español en literatura y americano en política”. “El arte español —añade— da casi todo a la forma, al estilo; el arte americano, democrático, sin desconocer la forma, puliéndola con esmero, debe buscar en las profundidades de la conciencia y del corazón el verbo de una inspiración que armonice con la virgen, grandiosa naturaleza americana” (16). Palabras que nos hacen pensar en el *Facundo*, donde encontramos ese verbo en grado excepcional. En él lo fundamental es el contenido: lograr la esencia de nuestra sociedad, de nuestros tipos representativos; hacerlos vivir, palpitar en la obra, para aniquilarlos mejor en la realidad. Pero no por eso, sino al contrario, gracias a tal concepto de la literatura, el estilo de Sarmiento cobra un valor, llega a una calidad y vigor pocas veces alcanzadas en la literatura americana e inclusive en la española de esa época, con excepción de Larra de quien era fervoroso admirador.

Esto nos sugiere que muy errados estaremos si seguimos considerando que la historia de nuestras ideas es sólo un reflejo, una imitación, una simple servidumbre de las corrientes europeas. Porque el romanticismo que Echeverría trajo al Río de la Plata, adquirió, al tomar contacto con nuestro medio, una estructuración particular. Aquí se desarrolló en función del objetivo general de liberación, de independencia total, objetivo que hemos visto formulado por el autor de *La Cautiva*.

Observemos también, aunque sólo sea brevemente, dos motivos de interés en la obra literaria de Sarmiento: el paisaje y la biografía. “Gusto —dice en *Recuerdos de Provincia*— de la biografía. Es la tela más adecuada para estampar las buenas ideas” (17). Es evidente a lo largo de su obra, esta predilección por la biografía y aún la autobiografía, que no escatimó nunca con ese desprecio, tan típico en él, por la simulación de la modestia. Por eso no tiene mayor sentido hacer notar que *Facundo* no puede ser historia. Ni siquiera es, pese a

(16) E. ECHEVERRÍA, *Op. cit.*, págs. 92 y 93.

(17) D. F. SARMIENTO, *Recuerdos de Provincia*, *Op. cit.*, pág. 5.

sus palabras, una biografía. Porque, por el camino de lo biográfico, que hay en la obra sobre Quiroga, Sarmiento halla el medio de evadirse del dato estricto e instalarse en un cómodo campo intermedio entre la historia y la novela que le permite desplegarse con toda libertad en cualquier rumbo, cosa muy cara a su temperamento. Lo biográfico deviene así simple recurso para otras preocupaciones.

En cuanto al paisaje, encontramos en *Recuerdos de Provincia* un párrafo que merecería algo más que un breve comentario: “El aspecto del suelo me ha demostrado a veces la fisonomía de los hombres, y estos indican casi siempre el camino que han debido llevar los acontecimientos” (18).

Echeverría había postulado la utilización de “nuestra virgen y grandiosa naturaleza” en pos de la originalidad nacional de la literatura. En *La Cautiva* intenta la conocida descripción del desierto. Sarmiento se detiene con particular atención en este tema. Pero se trata de algo más que una descripción literaria. Es que —se ha observado— el desierto simbolizaba el retraso semi-feudal del país. La naturaleza está abordada, especialmente en Sarmiento, pensando en el hombre que la habitaba. El desierto llega, pues, a convertirse en una obsesión, obsesión tanto más poderosa por cuanto constituía también un problema económico y político.: “El mal que aqueja a la R. Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas” (19). Esta preocupación, que engendra brillantes capítulos de la obra, se particulariza en el gaucho y el indio, protagonistas ocasionales del desierto, tan impensables sin el mismo como el desierto sin la presencia de ellos, aunque sólo fuera recordada, presentida o temida.

Es claro que concebir el desierto como determinante sociológico del país significa invertir los términos. Porque lo verdaderamente determinante no era el desierto, sino la estruc-

(18) Idem, pág. 5.

(19) D. F. SARMIENTO, *Facundo*, pág. 19.

tura de los sectores no desérticos del país, cuya persistencia inalterada, pese a los intentos revolucionarios de Mayo, era la causa de la despoblación del territorio nacional.

* * *

Cabe entonces señalar que existían causas más profundas que las esbozadas en esa casi dantesca visión del desierto y la campaña. Causas que Sarmiento sólo entrevió en parte, sólo por momentos. Alberdi o Echeverría fueron, ya lo hemos dicho, más consecuentes con sus postulados iniciales; pero pese a ello es parcialmente injusta, por ejemplo, la afirmación de Martínez Estrada cuando nos dice que "...era preciso un plan, plan de cultura, plan de industrias, plan de comercio, plan de justicia, plan de economía, que él ignoró hasta su muerte..." (20).

En realidad Sarmiento tenía un plan, escueta, concisamente formulado, como era su estilo, pero en definitiva pedía las mismas soluciones que sus contemporáneos de la *Asociación*. Aunque la propia visión de la realidad, su análisis de la sociedad argentina, deformarse la verdadera razón de los hechos, postulaba, en definitiva, medidas que atacaban al mal en su base: comercio interior, industrias, vías de comunicaciones, inmigración, libre navegación de los ríos, nacionalización del puerto de Buenos Aires, educación pública, libertad de prensa, organización constitucional, etc.. Todo se encuentra formulado en *Facundo*, como en otros escritos suyos. En la *Carta de Yungay*, a Urquiza, lo dice con toda claridad: "Publicistas patriotas habían estado por largos años estudiando los intereses de la República, calmando los odios de partido y obrando una reacción lenta pero segura contra la barbarie... Así pues, la cuestión necia de federales y unitarios, se transformó en una cuestión económica de navegación de ríos, de

(20) EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, *Sarmiento*; Ed. Argos, Bs. As. 1946, pág. 67.

vías de comunicación, etc.. En este terreno, tan oportunamente y tan de antemano preparado, los partidos antiguos podían deponer sus odios, los instrumentos mismos de la tiranía de Rosas podían ponerse al frente de la regeneración de la República” (21).

Queda, en verdad por aclarar hasta qué punto poseyó la necesaria visión política para posibilitar el tránsito a los hechos de tal programa. Es posible que aquella deficiencia que le señalaba Echeverría, sobre lo “poco dogmático” de su libro, incidiese en este aspecto. Pero ello no desmerece su formidable labor, empeñada en destruir las rémoras coloniales del país y en sembrar verdades, que aunque estuviesen en sus puños, poseían un gran valor civilizador.

JOSE CARLOS CHIARAMONTE

(21) D. F. SARMIENTO, *Las Ciento y Una*; Ed. “La Cultura Popular”, Buenos Aires 1932, pág. 16.